



Si las “bienaventuranzas” son expresión de la experiencia que Jesús tuvo de Dios y de los hombres, es válida la recomendación de Pablo a los cristianos de Filipos: *“Esforzaos por tener los sentimientos de Cristo Jesús”* (2,5). En este sentido suponen un “esfuerzo” por entrar en ellas y por extenderlas; como exige “esfuerzo” entrar en el Reino y difundirlo (Mt 11,12), y entrar por la *“puerta estrecha”* (Lc 13,24). El cristiano ha de convertirse a las “bienaventuranzas” y ha de trabajar por convertirlas en realidad para los demás. ¡Así será bienaventurado y hará bienaventurados!

Las “bienaventuranzas” son la vocación y la misión de la Iglesia. Y es necesario respetar este orden: no pueden anunciarse sino desde su vivencia, a imagen de Jesús. Y hay que anunciarlas con claridad, amor y esperanza, como hay que vivirlas. Porque quien hace de las “bienaventuranzas” sólo una denuncia, no anuncia el evangelio.

La VR si quiere ser “evangélica” y no solo “religiosa” debe girar hacia esta “alternativa” de Jesús. Valen aquellas palabras suyas: *“Se os dijo..., pero yo os digo”* (Mt 5, 21-48). Y su objetivo no es configurar “individuos” aislados, sino una comunidad en la que se visibilicen, desde una encarnación real y creíble, los valores y opciones del Evangelio.

Si nuestra vida quiere ser “otra”, con más sentido y otro sabor, esto será imposible haciendo “lo de siempre” con retoques de superficie. *“A vino nuevo, odres nuevos”* (Mc 2,22). No puede servir más vino del mismo vino, sino un vino nuevo (cf. Jn 2,10).

Domingo Montero, capuchino

